



Muere un ertzaina

Por triste que resulte no se puede calificar de sorprendente que ayer muriera un ertzaina en los enfrentamientos entre los ultras rusos del Spartak y los ultras bilbaínos de Herri Norte.

Se anunciaba la llegada de algunos de los peores salvajes de Europa, liderados -nos dijeron- por Vasily "el asesino", y acabamos con un policía muerto.

Que la desgracia resultara previsible la hace por otro lado injustificable. Si se sabe de antemano que con la celebración de un partido de fútbol se va a producir una batalla campal (<https://youtu.be/Li0q0EJPojk>) en la que puede morir gente, aparte de resultar arrasada media ciudad, es estúpido que el partido se celebre.

O se celebran los partidos a puerta cerrada, o directamente no se celebran, o se disuelven los clubs cuyos seguidores provocan este tipo de estragos, o se les expulsa de las competiciones, o se hace cualquier otra cosa que no sea que los salvajes lleguen, arrasen una ciudad y dejen algún cadáver a su paso.

El que no tuvo ayer culpa de nada fue el ertzaina. De él para arriba no sólo se podría sino que se debería analizar el papel de los mandos policiales, los mandos políticos, el consejero de Interior, el gobierno vasco, la justicia española, los políticos nacionales del legislativo, la justicia europea, la UEFA... El único que seguro que estuvo en su papel para detener a los salvajes fue el ertzaina.

En el día de ayer se vieron, y entre los policías se comentaron, muchas situaciones dignas de ser señaladas en cuanto a los medios que se le da a la propia policía para hacer frente a este tipo de disturbios.

La muerte de un aficionado del Athletic en 2012, Iñigo Cabacas, también en una batalla campal, provocó un cambio radical en el modus operandi de la Ertzaintza ante este tipo de situaciones. No sólo se eliminó el uso de pelotas de goma sino que la actuación de los antidisturbios pasó a estar

totalmente encorsetada y limitada bajo estrictos criterios de pasividad, presencia mínima, fuerza mínima y progresividad.

Ayer se pudo observar la imagen de un ertzaina golpeando a un ultra con el arma lanza esponjitas con que el gobierno vasco sustituyó las pelotas de goma (<https://youtu.be/LqgBmJMwmzM>). Al parecer, la única forma disuasoria de utilizar contra los ultras rusos el lanzador de esponjitas era golpeando a los ultras con el propio lanzador.

La pregunta, no obstante, es si ahora que ha muerto un policía habría que revisar todas las limitaciones operativas y materiales que se le impusieron a la Ertzaintza o si cuando el que muere es un policía no hay que preguntarse nada. Porque los salvajes no tienen límites para utilizar cohetes con puntas metálicas, navajas, bengalas, barras de hierro, puños americanos, pelotas de golf y botellas.

A la vista de imágenes en las que los ertzainas parecen claramente desbordados (según algunas informaciones parece que los ultras rusos hasta pudieron hacerse con el control de una furgoneta de la Ertzaintza), y pese a que los responsables políticos del despliegue decían ayer que todo había funcionado a la perfección, podría pensarse también si al gobierno vasco le resulta totalmente implanteable pedir ayuda con tiempo a las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Esperemos que se trate de una posibilidad planteable, porque la alternativa podría ser que el gobierno vasco prefiera poner en grave peligro a los ertzainas y a los ciudadanos que plantearse pedir ayuda al Estado.

En cuanto al Estado, a la vista de situaciones como ésta, o por lo visto en octubre en Cataluña, también quizá habría que plantearse si, lo mismo que se creó una Unidad Militar de Emergencias, no resultaría también interesante crear algo así como una Unidad Militar de Orden Público.

Tenemos decenas de miles de soldados, cobrando un sueldo, que en tiempo de paz podrían colaborar puntualmente, con la formación y el material correspondientes, en situaciones de control de masas en las que la policía se puede ver superada por falta de efectivos.

La batalla campal de ayer podía haber sido útil también para que, por ejemplo, una selección de 100 jueces nacionales y europeos demostraran a pie de calle cómo se controla a un mini-ejército de salvajes sin brusquedades y sin que nadie sangre por la nariz.

Podría haber pasado una de estas dos cosas: o que hubieran muerto 17 jueces (y entonces a lo mejor asistíamos a un súbito cambio de jurisprudencia en algunos asuntos, a escala nacional y europea), o que la policía hubiera aprendido de los jueces nuevas y sorprendentes tácticas de control de masas sin que a nadie se le arrugue la ropa.

La policía no puede actuar de una manera abusiva y desproporcionada contra los ciudadanos, pero tampoco se le puede dejar vendida, desprotegida o atada de pies y manos para desarrollar sus funciones. Da la impresión de que estamos mucho más cerca desde hace tiempo de este segundo extremo que del primero, y tan peligroso es un extremo como el otro.

Atentamente,

Paz y reflexión.